

LA INTRUSA

Jorge Luis Borges

En Turdera los llamaban los Nilsen. El párroco me dijo que su predecesor recordaba, no sin sorpresa, haber visto en la casa de esa gente una gastada Biblia de tapas negras, con caracteres góticos, en la última página entrevió fechas y nombres manuscritos. Era el único libro que había en la casa. La azarosa crónica de los Nilsen, perdida como todo se perderá. El caserón, que ya no existe, era de ladrillo sin revocar; desde el balcón se divisaba un patio de baldosa colorada y otro de tierra. Pocos por lo demás, entraron ahí; los Nilsen defendían su soledad. En las habitaciones desmanteladas dormían en catres; sus lujos eran el caballo, el apero, la daga de hoja corta, el atuendo rumbero de los sábados y el alcohol pendenciero. Sé que eran altos, de melena rojiza. Dinamarca o Irlanda, de los que nunca oírían hablar, andaban por la sangre de estos dos criollos. El barrio los temía a los Colorados; no es imposible que debieran alguna muerte. Hombro a hombro pelearon una vez a la policía. Se dice que el menor tuvo un altercado con Juan Iberra, en el que se llevó la peor parte, lo cual, según los entendidos, es mucho. Fueron troperos, cuarteadores, cuatreros y alguna vez truhanes. Tenían fama de avaros salvo cuando la bebida y el juego los volvían generosos. De sus deudos nada se sabe, ni de dónde vinieron. Eran dueños de una carreta y de una yunta de bueyes.

Físicamente diferían del compadraje que dio su apodo forajido a la Costa Brava. Esto, y lo que ignoramos, ayuda a comprender lo único que fueron. Malquistarse con uno era contar con dos enemigos.

Los Nilsen eran calaveras, pero sus episodios amorosos habían sido hasta entonces de zaguán o de casa mala. No faltaron, pues, comentarios cuando Cristian llevó a vivir con él a Juliana Burgos. Es verdad que ganaba así una sirvienta, pero no es menos cierto que la colmó de horrendas baratijas y que la lucía en las fiestas. En las pobres fiestas de conventillo en que la quebrada y el corte estaban prohibidos y donde se bailaba todavía con mucha luz. Juliana era de tez morena y de ojos rasgados; bastaba que alguien la mirara para que sonriera. En un barrio modesto, donde el trabajo y el descuido gastan a las mujeres, no era mal parecida.

Eduardo los acompañaba al principio. Después emprendió un viaje a Arrecifes por no sé que negocio, a su vuelta llevó a su casa una muchacha, que había levantado en el camino, a los pocos días la echó. Se hizo más hosco, se emborrachaba solo en el almacén y no se daba con nadie. Estaba enamorado de la mujer de Cristian. El barrio, que tal vez lo supo antes que él, previó con alevosa alegría la rivalidad latente de los hermanos.

Una noche, al volver tarde de la esquina Eduardo vio el oscuro de Cristian atado al palenque. En el patio, el mayor estaba esperando con sus mejores pilchas. La mujer iba y venía con el mate en la mano. Cristian le dijo a Eduardo:

-Yo me voy a una farra en lo de Farias. Ahí tienes a la Juliana, si quieres úsala.

El tono era entre mandón y cordial. Eduardo se quedó un tiempo mirándolo; no sabía qué hacer. Cristian se levantó, se despidió de Eduardo, no de Juliana, que era una cosa, montó a caballo y se fue a trote, sin prisa.

Desde aquella noche la compartieron. Nadie sabrá los pormenores de esa unión, que ultrajaba las decencias del arrabal. El arreglo anduvo bien por unas semanas, pero no podía durar. Entre ellos, los hermanos no pronunciaban el nombre de Juliana, ni siquiera para llamarla, pero buscaban, y encontraban, razones para no estar de acuerdo. Discutían la venta de unos cueros, pero lo que discutían. Cristian solía alzar la voz y Eduardo callaba. Si saberlo estaban celándose. En el duro suburbio, un hombre no decía, ni se decía, que una mujer pudiera importarle, más allá del deseo y la posesión, pero los dos estaban enamorados. Esto, de algún modo, los humillaba.

Una tarde, en la plaza de Lomas, Eduardo se cruzó con Juan Iberra, que lo felicitó por ese primor que se había agenciado. Fue entonces, creo, que Eduardo lo injurió. Nadie, delante de él, iba a hacer burla de Cristian.

La mujer atendía a los dos con sumisión bestial; pero no podía ocultar, sin duda, una preferencia por el menor, que no había rechazado la participación, pero que no la había dispuesto.

Un día mandaron a Juliana a que sacara dos sillas al primer patio y que no apareciera por ahí, porque tenían que hablar. Ella esperaba un diálogo largo y se acostó a dormir la siesta, pero al rato la recordaron. La hicieron llenar una bolsa con todo lo que tenía, sin olvidar el rosario de vidrio y la crucecita que le había dado su madre. Sin explicarle nada la subieron a la carreta y emprendieron un silencioso y tedioso viaje; había llovido, los caminos estaban pesados y serían las once de la noche cuando llegaron a Morón. Ahí la vendieron a la patrona del prostíbulo. El trato ya estaba hecho, Cristian cobró la suma y la dividió después con el otro.

En Turdera, los Nilsen, perdidos hasta entonces en la maraña (que también era una rutina) de aquel monstruoso amor quisieron reanudar su antigua vida de hombres entre hombres. Volvieron a las trucadas, al reñidero, a las juergas casuales. Acaso alguna vez se sintieron salvados, pero solían incurrir, cada quien por su lado en injustificadas o harto justificadas ausencias. Poco antes de fin de año, el menor dijo que tenía que hacer en la capital. Cristian se fue a Morón; en el palenque de la casa que sabemos distinguió el overo de Eduardo. Entró, adentro estaba el otro, esperando turno. Parece que Cristian le dijo

- De seguir así, los vamos a cansar a los pingos. Más vale que la tengamos a la mano.

Habló con la patrona, sacó unas monedas del tirador y se la llevaron. La Juliana iba con Cristian, Eduardo espoleó al overo para no verlos.

Volvieron a lo que ya se ha dicho. La infame solución había fracasado, los dos habían cedido a la tentación de hacer trampa, Caín andaba por ahí, pero el cariño entre los Nilsen era muy grande -¡quién sabe que rigores y que peligros habrán compartido!- y prefirieron desahogar su desesperación con ajenos. Con un desconocido, con los perros, con la Juliana, que había traído la discordia.

El mes de marzo estaba por concluir y el calor no cejaba. Un domingo (los domingos la gente suele recogerse temprano) Eduardo que volvía del almacén, vio que Cristian uncía a los bueyes. Cristian le dijo:

- Ve, tenemos que dejar unos cueros en lo de Pardo; ya los cargué, aprovechemos la fresca.

El comercio de Pardo quedaba, creo, más al sur; tomaron por el Camino de las Tropas, después por un desvío; el camino iba agrandándose con la noche.

Orillaron un pajonal; Cristian tiró el cigarro que había encendido y dijo sin apuro:

- A trabajar, hermano. Después no ayudarán los caranchos. Hoy la maté, que se quede aquí con sus pinchas, ya no hará más perjuicios.

Se abrazaron llorando. Ahora había otro vínculo: la mujer tristemente sacrificada y la obligación de olvidarla.